



La predicacion del doctor Raimundo, copia del cuadro de Eustaquio Le Sueur.

EUSTAQUIO LE SUEUR.

Todo el que ha estado en Paris y ha recorrido los magníficos salones del museo del Louvre, no puede menos de detenerse á contemplar los magníficos cuadros de Eustaquio Le Sueur, una de las célebres glorias del reinado de Luis XIV.

Nació este famoso artista en Paris el año de 1617. Descendiente de una familia que había perdido por las vicisitudes de aquellos tiempos su primitivo esplendor y brillo, se hallaba enlazado con las ilustres casas de Rambure y de Cregy. Eustaquio no fundó ninguna vanidad sobre su nacimiento: sentía en sí mismo bastante fe y bastante fuerza para pedir toda su ilustración á la gloria. Desde muy niño manejó el lápiz y el pincel con tal acierto, que habiendo entrado en el estudio del célebre pintor Vouet, mereció el aprecio de este gran maestro.

Nació para llegar al mas alto grado en el arte que había abrazado Le Sueur, llevado por el ardiente amor que hace vencer todos los obstáculos, no tardó en hallarse en estado de ayudar á su maestro, y dividir con él los trabajos que iba á

producir. Vouet le había distinguido entre sus discípulos, y le había dado asimismo toda su confianza. Esto le había concitado la envidia de sus compañeros, y particularmente la de su discípulo Carlos Lebrun, cuyos celos y rencores le persiguieron hasta el sepulcro.

Lebrun trató por todos cuantos medios le fué posible de desanimar á Le Sueur, y hacerle abandonar el arte en que la historia le guardaba tan inmortales páginas.

El Poussino vino á Paris, y vió á Le Sueur: aquel genio reconoció su igual en Le Sueur, y reanimó su espíritu, y le dejó dos maestros infatigables que seguir: el alma y la naturaleza.

Le Sueur, sin protectores, luchando en la oscuridad contra la envidia y la miseria, vivió dibujando imágenes y frontispicios de los libros de oraciones, para uso de los conventos; pero esto no le daba ni aun lo suficiente para vivir, mucho menos para aspirar á la gloria á que su ardiente alma aspiraba. Logró obtener un destino de inspector de contribuciones en las puertas de Paris. Tranquilo ya con tener el pan cotidiano para llevar á su mujer, con quien se había casado á los veinte y cinco años de

3 DE AGOSTO DE 1836.

edad, se consagró con ardor á los estudios del arte, que era el objeto de su culto, en los días que se hallaba libre de servicio de su modesto empleo.

Un día que se hallaba de guardia en la puerta de *La Ourcina*, uno de sus dependientes fué insultado por un caballero á quien quería registrar. Le Sueur tomó la defensa de su dependiente; reprendió al caballero la dureza de sus ásperos modales, y acalorándose la disputa, vino á terminar en un desafío. El caballero le preguntó su nombre, y al oír que era Eustaquio Le Sueur, autor de algunos cuadros, redobló su desden al artista, diciéndole que no conocía mas cuadros que los escudos de armas, y que no cruzaría seguramente su espada con la tiente del pintor. Le Sueur, que jamás había hecho ostentación de la nobleza de su familia, y que todo había querido deberlo á la gloria de sus trabajos, le hizo ver entonces que el pintor se hallaba enlazado con las familias de Rambure y de Cregy, y que si maneja la tiente, el pincel y la paleta, también tenía derecho á llevar en su costado la espada del caballero.

Al día siguiente muy de mañana, aquellos dos hombres que el día antes disputaban en la puerta de *La Ourcina*, se batían leal y denodadamente en el bosque de Bolonia. Desgraciadamente Eustaquio Le Sueur no fué caballero á medias: dejó tendido en el campo á su adversario...

Las leyes contra los duelos eran sumamente severas en tiempo de Luis XIV. Le Sueur, para evitar la venganza de una poderosa familia, tuvo que refugiarse al claustro. Halló un asilo en el convento de los cartujos de la calle del Infierno.

Le Sueur, retirado en aquella mansion de cenobitas, recogido en aquel asilo del silencio y de la paz, se hizo admirar por la sencillez de su carácter, por su candor y por una piadosa mansedumbre. Allí encontró abrigo su vida; allí trató de expiar su falta; allí acabó de desarrollar su talento! Pagó á sus huéspedes la generosa hospitalidad y el asilo que le daban, trazando sobre veinte y dos cuadros la prodigiosa vida de San Bruno, pintándola en el claustro mismo donde se hallaba retirado.

De esta coleccion de obras maestras, se admira sobre todo la predicación del canónigo Raimundo, la muerte de este; el sueño de San Bruno, y la muerte de este Santo Patriarca; cuadro magnífico que termina el último acto del poema que este gran artista ha legado á la posteridad.

Tres años solamente, desde el 1645 hasta el 1648, tardó Le Sueur en pintar sobre veinte y dos tablas en el claustro de los cartujos de París toda la serie de la historia de San Bruno. El pintor siguió en las diversas acciones que ha representado, las antiguas crónicas admitidas tan fácilmente sin ninguna crítica. Fué arrastrado fácilmente, de tal manera, que muchos hechos parecen probados por la ausencia absoluta de toda contradicción.

La vida de San Bruno ha inspirado á dos grandes pintores, italiano el uno, y frances el otro. Ambos con sus obras han adornado dos célebres cartujas. Le Sueur, de quien hablamos, ha cubierto con sus magníficos cuadros la Cartuja de París; el Carducho cubrió con sus inmortales lienzos la cartuja del Paular.

Los cuadros de Le Sueur, demolida en 1776 la cartuja de París, fueron llevados al palacio del rey, y colocados despues en 1786 en la gran galería del Louvre, donde hoy se hallan.

Los cuadros del Carducho, vendida la cartuja del Paular en 1837, han sido trasladados al museo provincial de Madrid, en el ministerio de Fomento, donde forman la admiración de los curiosos que van á visitarlo, y entretienen agradablemente, acortando las horas de los pobres pretendientes que tienen que llegarse á aquellas oficinas.

La vida de San Bruno es religiosamente poética. Bruno nació en Colonia el año de 1033. Nada en sus primeros años tuvo de comun con las debilidades de la infancia. Sus progresos en las letras fueron tan rápidos como en la virtud; y joven todavía, fué nombrado por San Annon, canónigo de Colonia. Bien pronto fué á Reims, ciudad célebre entonces por la reputación de sus estudios, y en poco tiempo se vió elegido por *scolastre*, es decir, inspector y director de los altos estudios eclesiásticos de la diócesis.

Despues de la muerte del arzobispo Gervasio, Manasses I fué, á causa de sus vejaciones y simonías, citado ante un Concilio: Bruno fué su acusador, y obtuvo la condenación del culpable pontífice, que no tardó en vengarse con una atroz calumnia. Entonces el piadoso jóven se vió obligado á retirarse al castillo del conde de Roney, donde permaneció hasta el mes de agosto de 1078.

En el cuadro que presentamos hoy á nuestros lectores, y que es uno de los mas bellos de esta coleccion, Le Sueur ha supuesto que Bruno asistía un día á un sermón predicado por Raimundo Dioces, cuyas palabras, y sobre todo su muerte, tanta impresión hicieron sobre su alma, y fueron causa de la conversión de San Bruno. Dioces era un orador célebre, canónigo de la iglesia de Nuestra Señora de París, hacia la mitad del siglo XI. Sus virtudes y su talento le habían adquirido una altísima reputación, y atraían un numeroso concurso á sus sermones.

Aquí se halla representado San Bruno de pié enfrente del púlpito, teniendo un libro debajo del brazo.

Bruno había asistido á la última enfermedad del canónigo Dioces. De rodillas, á la cabecera de la cama, presencié los últimos momentos de aquel hombre á quien había reputado un sabio y un santo. Asistió despues Bruno á los funerales de Dioces que tuvieron por testigos una inmensa concurrencia, atraídos por la dignidad del personaje, y por el brillo de sus virtudes y reputación. De este entierro se ha conservado la terrible tradición de que en el momento en que el celebrante, recitando la lección sacada del libro de Job, parecia dirigir al difunto aquellas palabras, *responde mihi* (respóndeme), Raimundo levantó la cabeza, y se oyeron clara y distintamente por toda la concurrencia estas palabras: *justo Dei juicio accusatus sum* (soy acusado ante el tribunal de Dios).

Un movimiento de terror y de espanto se apoderó del pueblo. Suspendióse la ceremonia; se depositó el cuerpo en una capilla llamada despues la capilla Negra, ó Capilla del condenado, y viendo que el cadáver no daba mas señales de vida, se suspendió el oficio divino hasta el día siguiente; pero en el momento en que entonces volvió á repetirse la pregunta, se oyó claramente esta respuesta: *justo Dei juicio judicatus sum* (por justos juicios de Dios soy juzgado). Acrecentóse el terror entre los fieles, y volvió á interrumpirse la ceremonia fúnebre, dilatándose hasta el tercer día. Entonces, en el punto en que se renovaba la misma pregunta, volvió á animarse todavía otra vez el cadáver, y pronunció en alto voz estas terribles palabras: *justo Dei juicio condemnatus sum* (soy condenado por justo juicio de Dios).

La falsa piedad, las hipócritas virtudes de Raimundo de Dioces manifestáronse así á la luz del mundo; y entonces no se creyó que debía depositarse su cuerpo en la tierra de los santos, y fué arrojado á un muladar.

Bruno entonces, testigo de tan extraño suceso, Bruno que había rendido constantemente culto á la virtud, quiso llegar á la perfección; renunció al mundo, y fundó la austera y penitente orden de los cartujos.

Tal es el admirable poema que en veinte y dos inmortales páginas escribió el pintor poeta Le Sueur, y que inspiró el asombro y la admiración de cuantos le vieron, y la envidia de sus rivales.

Una mano temeraria, conducida por los celos de un discípulo, su superior en dignidad, armado de un cuchillo, osó herir estas obras, con la intención de hacer desaparecer los mas bellos rostros de ellas. Este crimen de lesas-arte, esta inexplicable barbarie se cometió en el claustro mismo del convento. Los religiosos alarmados, para salvar los cuadros que permanecían intactos, los encerraron bajo llave, poniéndoles una rejilla de alambre.

Aun permanecen las huellas de esta acción infame sobre algunos de los cuadros que se admiran en el museo de París.

Durante los tres años que permaneció en la Cartuja, había perdido Le Sueur á su mujer. Despues de haber terminado su trabajo, volvió á entrar en el mundo, dejando en el asilo soli-

tario que abandonaba, sus inmortales obras y el recuerdo de su virtud.

Le Sueur, con sus pinceles y su lápiz, poseía el arte de conmover el alma. Las lágrimas corren sin esfuerzo, y se identifica uno fácilmente con el sentimiento del pintor. Aunque perseguido siempre por la envidia y por la cábala de hombres que valían mucho menos que él, á cuya cabeza se hallaba su rival Lebrun, hizo diversos cuadros, entre los que se cuentan como mas principales, la *Condenacion de San Gervasio* y *San Protasio, mártires*, que hizo para la iglesia parroquial de este nombre.

Pero donde el talento de Le Sueur es mas admirable todavía, es en el cuadro de *San Pablo predicando y convirtiendo en Efeso á los gentiles, á quienes excita á quemar sus libros*: cuadro que hizo para la iglesia de Nuestra Señora, con motivo del voto de los plateros, que se exponía el 1.º de mayo.

Al ver este cuadro, que se compara con las producciones de Rafael, se pregunta uno: ¿cómo Le Sueur, sin haber estado jamás en Roma, pudo en su manera de pintar parecerse tanto al célebre pintor del Vaticano? Y esto á punto de suponer, al ver su cuadro, que haya sido su discípulo. Así es que en Francia unánimemente le dieron el título de *Rafael Francés*.

Hay además una grande analogía entre estos dos grandes artistas: analogía en la corta duración de su vida; porque estos dos pintores murieron á la misma edad, y tambien en el parecido igual, en la pureza de los rasgos de sus facciones, sobre las que se hallaba impresa la dulzura de estas dos almas.

Largo sería referir aquí todos los trabajos á que se dedicó el genio inmortal de Eustaquio Le Sueur, y que se encuentran en el Museo real de París. Decoró tres salas del palacio Lambert, notables por la poesía y por la sutileza de los pensamientos. Esta bella colección, compuesta de diez y nueve piezas, es conocida bajo el nombre de *Gabinete de las Musas*. Allí se veían las nueve musas pintadas sobre tablas, que se sacaron de este palacio por orden del rey, algunos años antes de la revolucion de 1779. Despues, el *Salon del Amor* ó el *Aposento de los Baños* fué su última obra. Murió á la edad de 38 años, en 1653.

El alma de Le Sueur era pura como la de los santos que pintaba. Bendecía siempre al Poussino, que habia sido el que le habia animado en la carrera de las artes. Glorificaba á sus rivales, cuando estos le desacreditaban, porque no podían igualarle. La envidia, con la que le habia perseguido su condiscípulo Lebrun, vino á terminarse con su muerte. Lebrun era el pintor primero de Luis XIV; Le Sueur era el pintor de la humanidad.

Cuando se hallaba en su lecho de muerte, Lebrun vino á visitar á su rival, tal vez á gozar en su agonía; porque al retirarse le oyeron decir estas palabras, que pintan gráficamente su alma: «La muerte va á quitarme esta espina, que tenia hace muchos años.»

El cuerpo del artista fué trasportado y enterrado en la iglesia de *San Estéban del Monte*; pero este hombre tan bueno, que tantas virtudes habia ostentado en la vida, que con tanta resignacion habia sufrido la injusticia de la persecucion, tuvo aun que sufrir en la muerte; porque su sepulcro fué violado en un día de delirio, por los hombres de la revolucion en 1793, y arrojadas al viento sus cenizas, con las de Descartes, Pascal y Racine. ¡Triste destino del mérito: ser en vida el blanco de mezquinas intrigas y rivalidades, y carecer en la muerte hasta del respeto y de las consideraciones que tantas veces usurpan las medianías y nulidades!

EL CONDE DE FABRAQUER.

LAS UÑAS Y LOS GUANTES.

Me lanzo á la palestra buscando ideas que me hagan conocer lo que en este siglo ilustrado se pierde en guantes y en cuidar las uñas.

Las uñas son el adorno mas bello de la mano; así empieza Mr. Guerlain el prospecto en que anuncia sus polvos para dar-

las brillo sonrosado, y así las consideran toda la gente que es ó presume de elegante.

¿No veis aquel que de tal se cree, mirando cuidadosamente su mano, y armado de una lima frotar las suyas? ¿Quién habia de decir á nuestros abuelos que tres fecundidades perfumistas, Piver, Guerlain y Brimaud, se habian de disputar la primacía en cosméticos para charolar las mismas? Quién no se rie hoy de oír que han existido dómines que con palmeta en mano sacudían sendos lapos los sábados, día *in illo tempore* dedicado á la limpieza, á los niños que no llevaban las suyas bien cortadas? Tantas son las exigencias de este siglo, que he decidido ausentarme de él, para no satisfacerlas.

Cuidar las uñas, cuidar las uñas como si fueran canarios. Si señor; las uñas se cultivan y se dejan crecer, y se redondean y se descalzan, y se multiplican en ellas las operaciones diariamente. Y si no, de vosotras, lectoras, ¿quién se presentará con las uñas sucias? Si en visita os quitais un guante y veis las vuestras de luto, como se dice vulgarmente, ¿qué haceis? Esconderla, ocultarla, para que nadie os las distinga.

Comprendo bien, porque comprendo bien todo en las mujeres, que una de ellas pierda una ó dos horas en cuidar las uñas, porque las labores de su sexo, su manía filarmónica hace lucir estas extremidades, y en honor de la verdad, porque una mano bella seduce, halaga. Bien lo conoceis, lectoras, bien sabéis que los hombres somos caprichosos, y que hace mucho en la balanza del amor tener una buena mano; tanto quizás como tener un buen pié.

Bien es cierto que ¿cuál sería el efecto si al dar un beso furtivo en la mano de una mujer, te encontraras con un cutis áspero y vieras unas uñas con ribetes? Horripilaria: sería un momento cruel; todas tus ilusiones serian perdidas, y para tí ya en ella todo sería feo, horrible, detestable.

Mas un hombre cuidando sus uñas es una cosa insufrible. Tenerlas de luto es feo, y si se tienen cortadas y á la antigua usanza no es de moda. Estoy viendo que lo mejor sería no tenerlas, *malgré* todos los nudos del universo.

Siento una risa burlona que me quiere decir ¿no existen guantes? ¡Guantes! ¡Sí! forros para las manos como para un gaban. Bonita salida es salir de Seila para caer en Caribdis. Y es en verdad un artículo indispensable para presentarse en sociedad ¿Quién no pone en su presupuesto capítulo de guantes? Nadie. Quién se atreve á hacer el amor sin ellos? Quién á dar la mano á su bella adorada, si no las lleva entre piel?

Y el guante no ha de ser como quiera; porque desdichado si te presentas en una sociedad y tu guante es barato. ¿No ves que tu pareja te observa? No ves que sonríe al contemplar las largas puntadas que tiene? Lo mismo observan los demás. Ella rie, todos rien, tú te desesperas. Decididamente has perdido una conquista por no haber ido á visitar á Clemente, ó á Dubost ó á Jourdan. Eso es lo que tiene el no saber gastar doce reales.

El guante es tambien otro peso en la balanza de Cupido.

Llega el refresco; te quitas el guante; ¡oh, ser prosaico y económico! ¿No notas esas miradas burlonas? No ves aquella señorita que se sonríe. De fijo todos se admiran de tu economía, y calculan lo bajo que está en tu presupuesto el capítulo mencionado. Hoy es una torpeza no gastar un par de guantes en una noche. Enhorabuena que los pongas al entrar en una casa; aplaudo que te los quites rápidamente al salir para que la capa no los aje, y los envuelvas en un papel para que el roce del bolsillo no los manche; pero quitárselos para tomar un dulce ó un refresco, ó un poco de fiambres... ¡oh, ignorante! Lo has echado á perder.

Quitais el guante, y tu mano aparece nervuda y ancha, y con las uñas cortadas y una verruga... ¡Huyel... ¡huyel... la sociedad te repele; ¿no ves que tienes una mano fea? Por el contrario; tu mano aparece blanca y tersa; las uñas están brillantes y con todas las exigencias de la moda... Todas, todas desean que las ofrezcas un dulce, que les des la mano al despedirte. Una persona que tiene buena mano y buen guante, tiene buen corazón: sabe amar y querer; tiene sensibilidad y elegancia; en una palabra, es un ser *comme il faut*.

Todo lo cubre un guante, dirán algunos; mas la idea del guante es horrible. Llegas al teatro Real una noche de gran concurrencia, va uno á darse lustre, porque ha tomado á un revenedor una butaca por la mitad de su precio; mete las manos en el bolsillo, se encuentra sin guantes. ¡Adios, ilusiones! perdidas son; ¡ya no puedo entrar!... ¿Qué dirían de mí? ¡Oh! ¡Qué vergüenza!

Una noche un amigo mio tenía una cita en el teatro Real; iba en esta entrevista el resultado de un mes de telégrafos y suspiros; iba á recibir un sí que le diera la vida; pero al entrar, el desgraciado se encontró sin guantes, y en la precipitación para acudir, no arregló sus manos; se asusta, se admira y corre á casa de su guantero; toma un par y echa á correr: ¡desventurado! al entrar los hizo pedazos. Como presentarse no se atreve, no entra en él la idea socorrida de que es muy elegante presentarse, con un guante roto; vuelve por otro par, y con el flamante entra en el teatro; mas son las nueve y media; la niña se ha cansado de esperar; entra y ni le saluda; va á disculparse, y le pregunta qué se le ofrece. Un trueno completo: se desespera, vuelve á su casa... á la mañana siguiente, en su cuarto había un cadáver. El infeliz se había suicidado. Anudó los guantes, y se ahorcó.

Hé aquí á lo que conducen las uñas y los guantes.

RAMON DE ESPINOLA.

ESTUDIOS DE ANTIGUEDADES.

ARMAS DEFENSIVAS.

Hemos hablado en el núm. 28 de nuestro SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL de las armas ofensivas, y hoy vamos á considerar las armas defensivas, inventadas inmediatamente despues de aquellas.

Todas las naciones del mundo, ora bárbaras, ora civilizadas, han hecho uso de las armas defensivas, hasta el momento en que la invencion de la pólvora hizo una gran revolucion en el arte de la guerra. Desde entonces las armas defensivas han ido abandonándose poco á poco, y únicamente se han conservado algunas de las que por tanto tiempo usaran los antiguos como un adorno, por su elegancia mas bien que por la conveniencia y el servicio que prestan. Así, por ejemplo, vemos que algunos cuerpos de caballería han conservado la coraza y el casco.

Las armas defensivas, como su mismo nombre lo denota, eran aquellas que ponian á cubierto al guerrero de los golpes y de los ataques del enemigo. Hoy nada puede ponerle á cubierto del certero golpe de una bala, del destrozo de la metralla, ni del ímpetu y explosion de una bomba.

Las armas defensivas eran el casco, la coraza, la martingala ó armadura de los muslos, los brazaletes, los guanteletes y el escudo.

La única arma defensiva móvil, el casco, en griego *kiune*, en latin *cassis* ó *galea*, fué en un principio un simple gorro de piel, de cuero, y mas tarde de cobre ó de hierro. El casco que usaron los griegos y los romanos, cuando llegaron á la perfeccion de las artes, es lo mas magnífico, lo mas pintoresco que puede ponerse en la cabeza, ya por su forma, ya por su elegancia, ya por la riqueza de los adornos. La forma de este casco puede verse aun en nuestro mismo país, en los cascos de los dragones y de los ingenieros, que son una exacta imitacion del casco romano y griego.

En general los cascos eran coronados de un adorno que llamamos penacho, cimera, *lothos* en griego, y *juba* ó *christa* en latin. En todos los bajos relieves que han quedado del tiempo de los romanos, pero muy especialmente en la columna Antonina y Trajana, que se conservan casi intactas en Roma, se ve que todos los cascos de los oficiales tenían únicamente adornos. Los cascos de los que llevaban las águilas romanas estaban cubiertos con piel de oso, para asustar al enemigo: *Omnes autem signiferi... accipiebant galeas, ad terrorem hostium, ursinis pellibus tectas*.

Los cascos de los gladiadores llevaban alas y aun cuernos.

En la edad media, las armas defensivas estuvieron en gran uso, aun algun tiempo despues de la invencion de la pólvora. Los cascos eran fabricados con el mayor esmero y con una solidez extraordinaria. Su forma no era hermosa; no parecían á los de los guerreros romanos, sino mas bien á los de los gladiadores. Cubrían no solo la cabeza sino tambien la cara. Hacia los oidos tenían unos agujeritos, para que el soldado percibiese el sonido y las voces de mando: veía y respiraba por otras aberturas hechas en frente de la boca y de los ojos.

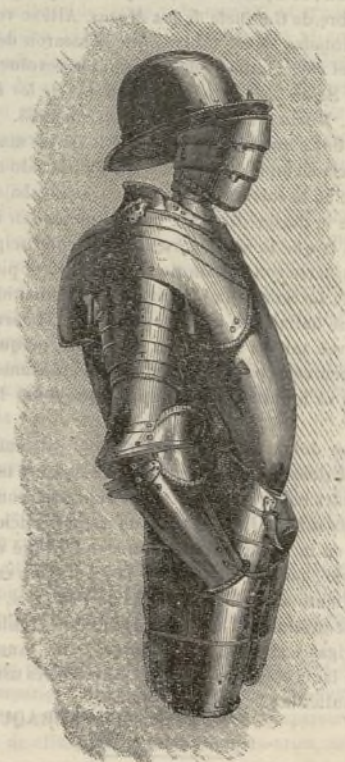
Pretenden algunos autores que la *galea* de los romanos era un casco de cuero, á la manera de la que vemos todos los dias en Madrid llevar al brillante cuerpo de los ingenieros, y que el casco de metal era el que se llamaba *cassis*; pero no hay mas que detenerse en ciertos pasajes de los autores antiguos, para ver que *galea* designaba indistintamente el casco, ya de cuero, ya de metal. Así Virgilio, al decir que un dia el labrador macedonio encontrara en el campo de batalla de Filipo, dardos gastados por el orin, y que su arado tropezara en cascos vacíos, los llama *galeas*:

Aut gravibus rastris galeas pulsavit inanís,

habla de cascos metálicos.

Entre los antiguos, los cascos de los bárbaros, y sabido es que por tales tenían á los que no eran ó griegos ó romanos, eran por lo general mas sencillos y menos adornados y hermosos que estos.

Los cascos han tomado en los diversos siglos y en los diferentes pueblos toda clase de formas. Se ha llevado bajo el casco un gorro de lana, de fieltro, ó bien acolchado en su interior con esponjas y otras materias blandas ó elásticas.



Armadura de don Diego García de Paredes.

La coraza, esta arma defensiva del cuerpo, ha sido de cuero en un principio, y tal vez de cobre; los griegos la llamaban *thorax*, y los latinos *lorica*, loriga, de *lorum* (correa). Toda

materia ligera y difícil de penetrar es propia para hacer corazas. Empleábanse en ellas tejidos de hilo: tal era la que llevaba Alejandro, según dice Plutarco; usábase también de cuero, de planchas, y de tiras de metal. Los samnitas las llevaban además cubiertas de esponjas. Los sarmatas formaban sus corazas con cascos de caballos, cortados y fijados como tejas sobre un corselete probablemente de cuero. Las corazas de los soldados romanos, cual se ve todavía en los relieves de la Columna Trajana, estaban compuestas de hojas de metal fijadas al rededor del cuerpo sobre un corselete dividido en dos partes: otras cuatro hojas defendían la espalda. Las corazas de los jefes estaban formadas de planchas metálicas cortadas, puestas una encima de otra, á la manera de las escamas de los pescados. Algunas veces se hacían de dos piezas, como los llevan actualmente nuestros coraceros. En todo caso, el bajo de esta arma concluía por un rico adorno de dos ó tres filas de franjas entremezcladas con medallones; franjas iguales cubrían los hombros: la triste, seca, y prosaica charretera moderna, recuerda este adorno.

Nada dirémos de las martingalas, de los brazaletes, de las botas metálicas, etc., etc.

En la edad media, el soldado iba cubierto de una blusa hecha de mallas ó anillos de alambre: este vestido tenía mangas, y hasta una capucha para preservar la cabeza. Sus piernas estaban también cubiertas de semejantes cotas de malla.

Escudo. El escudo era el arma defensiva, móvil, con toda clase de formas. El escudo redondo, se llamaba en griego *aspis*; en latín *clipeus*. El escudo largo y rectangular, en griego *taureos* (semejante á una puerta); en latín *scutum*.

El *scutum* tenía frecuentemente la forma de una teja hueca; era bastante alto para cubrir al soldado cuando se bajaba, y servirle á modo de parapeto. Tenían ordinariamente los escudos dos asas; el combatiente pasaba el brazo por la mas grande, y cogía la otra como un puño. Los escudos se hacían de materias ligeras y firmes, como de mimbres, madera, ó cuero etc., y algunas veces se cubrían con una plancha metálica. El centro del escudo estaba cubierto por una plancha de metal, y armado por una punta, que se llamaba en griego *mesonphation* (ombiligo), en latín *umbo*.

Los soldados romanos escribían sobre su escudo su nombre, el de la legión, el de la cohorte, y el del manipulo de que formaban parte.

De aquí nació posteriormente el uso de los escudos para la nobleza en la edad media, en que los grandes señores y los capitanes pintaban sobre su escudo los signos con que eran conocidos.

En la Armería real de Madrid pueden admirarse muchas de estas ricas armaduras, tanto en cascos como en escudos, presentando nosotros hoy á nuestros lectores la copia de dos de ellas: una, la que sirvió al famoso capitán don Diego García de Paredes; y otra, una que, al enseñarnos la armería, nos dijeron había sido regalada por los reyes Católicos al célebre marino y descubridor del nuevo mundo Cristóbal Colón; la cual, á pesar de lo sencillo de su forma, es de muy buen gusto, y rica por los adornos de oro que tiene, habiendo sido una de las recompensas que aquellos soberanos concedieron á tan insigne varón.

La vista de la armadura que sirvió al célebre García de Paredes, nos hace no querer terminar este artículo, sin dar una breve idea de la vida de este campeón que verdaderamente parece una novela.

Nació don Diego García de Paredes en Trujillo, en 1476. A los catorce años había dado ya sus primeras pruebas de valor contra los portugueses. Háblase dotado de la naturaleza de una talla hercúlea, gigantesca, y sus fuerzas eran extraordinarias. Era muy jóven todavía cuando con una sola mano detuvo la rueda de un molino en su mas rápido movimiento. Sentía tan extraordinario vigor dentro de sí mismo, que solía verse atacado de una fiebre, durante la cual destrozaba y hacía pedazos cuanto se le ponía por delante, y hasta muchas veces se maltrataba á sí mismo: era una organización formada expresamente para la guerra.

En 1485 siguió á su padre á la guerra de Granada, y en los

famosos sitios de Baeza, de Vélez y de Málaga, asombró al ejército con sus proezas. El rey Católico, Fernando V, testigo de ellas, le armó con su propia mano caballero, y le confió las empresas mas árduas. En esta guerra fué donde contrajo aquella íntima amistad con el gran capitán de su siglo, Gonzalo de Córdoba, amistad que había de durar hasta la muerte, y que había de pasar por la prueba de todas las vicisitudes que sufrió aquel caudillo, para quien únicamente la posteridad ha reservado el nombre del Gran Capitán.



Armadura de Cristóbal Colón.

Asistió García de Paredes en 1492 á la toma de Granada; ese gran suceso que asombró la España, y que la consoló de la pérdida de Constantinopla, acaecida en aquel mismo tiempo. Al tornar á su patria García de Paredes, tuvo que llorar aquella alma indomable la muerte de su padre, y como no podía permanecer en la inacción, quiso pasar á los ejércitos de Italia, donde comenzaron las hostilidades entre Fernando el Católico, y el rey de Francia, Carlos VIII. Su familia, opuesta á sus designios, quiso detenerle, y empleó para ello las lágrimas y los ruegos: de nada sirvieron. Entonces apelaron á la violencia, y enviaron seis hombres armados y resueltos para que le detuviesen en el camino. García de Paredes al ver que trataban de detenerle por la fuerza se arrojó á ellos, mató dos, hirió gravemente á uno é hizo huir á los otros.

En Roma fué recibido por Alejandro el VI, español, de la ilustre familia de los Borjas, y con quien tenía algunas relaciones de parentesco Paredes, con la mayor consideración, nombrándole oficial de la guardia pontifical. La corte de Alejandro VI, era una corte verdaderamente mundana: algunos romanos quisieron probar el valor del soldado español; pero bien

pronto una dura experiencia les hizo conocer que era un hombre peligroso de provocar.

La vida de Roma era demasiado pacífica para el genio de García de Paredes, y la hubiera abandonado muy pronto á no haber sido por las instancias del papa y del cardenal Carbal, su primo; se avenia mal el vigor, el ardor y el ansia de pelear que sentia en su pecho, con la vida tranquila, muelle y afeminada de Roma.

Los Orsini, el cardenal de la Robera, una porcion de los señores de Italia, habian tomado las armas contra Alejandro VI, y su hijo César Borgia, duque Valentinois, emprendió la destruccion de aquellos tiranuelos, y concibió el gran proyecto de la unidad de la Italia, bajo el poder del soberano pontífice: grande ocasion para que García de Paredes emplease su denodado arrojo y aliento. Nombrado capitán en 1497, derrota diversas veces á los señores de la Italia, y se encarga de tomar á Montefiascone, donde se habian encerrado, para lo cual se valió de una escala de picas y escudos, por la que él mismo trepó hasta la almena, arrojando á los que en ella estaban; bajó luego á la ciudad, y rompiendo con sus propias manos los cerrojos y las cadenas de la puerta, dió paso á las fuerzas del papa que la ocuparon, haciendo una multitud de prisioneros. Tornó otra vez á España, aprovechándose de una tregua; pero vueltas á empezar las hostilidades entre Luis XIII, el rey don Fernando el Católico, pretendiendo la corona de Nápoles, se unió al famoso ejército con que el gran Gonzalo de Córdoba conquistó en brevisimo tiempo aquel reino. Destinado García de Paredes al socorro de los venecianos que sitiaban á Cefalonia, que se hallaba en poder de los turcos; estos, no pudiendo vencerle cuerpo á cuerpo en el campo de batalla, le cogieron por medio de un ardid tan ingenioso como singular: le echaron unos garfios desde la muralla, y le subieron encima de ella; una vez allí García de Paredes, con su espada y con su escudo se defendió todo el día de los turcos, pero agoviado por el cansancio y cubierto de heridas, cayó exánime. Entonces le encerraron en una torre, le cargaron de cadenas y le guardaron cuidadosamente; pero cuando los venecianos y los españoles dieron el último asalto á la plaza, hizo García un esfuerzo, y cual otro Sanson rompió sus ligaduras, arrebató las armas de un centinela y salió de la cárcel dando tajos y mandobles, haciendo él solo tanto estrago como pudiera hacer el ejército enemigo. Asistió con las tropas de su Gran Capitán á todas las funciones de guerra con que inmortalizó este gran caudillo las armas españolas en Italia. En el sitio de Canosa, obligó á los enemigos á encerrarse en sus atrincheramientos, y los franceses propusieron entonces un desafío personal, cuerpo á cuerpo entre once españoles y once de los suyos. Hallábase Diego Paredes en cama, á causa de las heridas que habia recibido; pero era esta una ocasion muy propia de su genio para que él pudiese permanecer quieto. A despecho de las órdenes de sus jefes, á despecho de su propia debilidad, fué uno de los que salieron á medir sus espadas con los franceses. En la lucha tuvo que sostenerse contra tres de los mas valientes, y despues de seis horas de lucha, los jueces del campo declararon incierta la victoria de una y otra parte. Mal avenida, esta sentencia con los ánimos y los alientos de García, quería él, á pesar de tener sus armas rotas, vencer ó morir; pero tuvo que someterse á la sentencia de los jueces del campo. Despues que se restableció, se apoderó de Rufo: se halló en la batalla de Ceminara y de Cerignola; se distinguió en el paso del Garellano. Concluida la conquista de Nápoles, regresó á España, siendo muy bien recibido de los Reyes Católicos. Hallábase un día en los salones del palacio aguardando al rey, cuando en un corrillo de cortesanos y palaciegos osaron poner en duda la probidad de Gonzalo, su compañero: probidad sobre la que se dijeron muchas cosas en aquella época, habiendo quedado hasta en proverbio los gastos que hizo en la conquista de Nápoles, con el nombre de *las cuentas del Gran Capitán*. Mirábalos de reojo García de Paredes sin hablar una palabra, contenido tal vez al principio por la majestad del sitio en que se hallaba, cuando de repente, dejándose llevar de su genio, interrumpió á los maldicientes, diciéndoles con tono terrible:

—El que se atreva á insultar el honor sin mancha del Gran Capitán, que levante el guante.

Y arrojó su guante de acero en medio de aquella turba de afeminados palaciegos.

El rey que habia oído aquella conversacion, se presentó; cogió el guante, lo devolvió afablemente á García, y dijo á sus cortesanos:

—Retiraos, y entended que no se debe hablar mal de quien acaba de conquistar un reino.

El rey dió su mano á besar á García, alabándole el que fuese tan buen amigo, como era valiente y denodado caballero.

Volvió á Trujillo, su patria, donde fué recibido con grandes aclamaciones, porque eran muy populares en España sus grandes hazañas. Casóse en aquella ciudad, y despues fué enviado al lado del emperador Maximiliano, jefe de la liga de Cambray, contra la liga veneciana, hallándose en los sitios de Verona y de Vicenza.

García de Paredes fué uno tambien de los grandes capitanes que se distinguieron y lucharon con gloria en el reinado de Carlos V. García de Paredes se halló en la célebre batalla de Pavía en 1525, en que el monarca francés perdió su libertad y entregó su espada á los españoles; esa espada que desde entonces ha permanecido en la Armería real de Madrid, hasta el año de 1823, en que al venir los ejércitos franceses á restablecer el gobierno absoluto de Fernando VII, se la llevaron del sitio donde la habian puesto sus conquistadores.

Murió García de la caída de un caballo, en 1530, á la edad de sesenta y cuatro años. Increíbles parecerian los hechos de este capitán, verdadero tipo del soldado español, fuerte en la batalla, áspero en su trato, desdenoso con los cortesanos, si no estuviesen consignados en las crónicas é historias de aquella época. Tenia don Diego García de Paredes todo el cuerpo cubierto de cicatrices. Se halló en quince batallas campales; en diez y siete sitios, y su valor y la pureza de sus costumbres corrieron parejas con las de otro héroe parecido á él en aquella época, aunque de distinta nacion, el caballero Bayardo, á quien la posteridad ha dado el nombre del *caballero sin miedo y sin tacha*.

¡Cuántos héroes como este presenta la historia de España, cualquiera que sea el reinado en que quiera contemplárseles! No hemos podido menos, á la vista de la armadura del célebre don Diego García de Paredes, de recordar á nuestros lectores su portentosa y novelesca vida.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Por entonces mi tío el duque de... me llamó al pueblo á donde, cansado como yo de todo, se habia retirado.

Fuí y ví con asombro, que mi tío habia tenido la fortuna de lograr crearse una familia *sui generis* con sus perros, sus patos, sus conejos y sus gallinas.

Entraban en esta familia, las flores del jardin y las legumbres de la huerta.

Envidié con todo mi corazon á mi tío.

—Te he llamado, me dijo, para un asunto de interés: cuando digo que es de interés el asunto, claro está que á quien interesa es á tí, porque á mí ya no me interesa nada.

—¡Oh! ¡sí por cierto! los perros, los patos, las gallinas.

—Tengo poder bastante para hacer completamente feliz la vida de esos animales: ellos por su parte me pagan cumplidamente, siendo mis cortesanos, y casi casi amándome: estoy seguro de que uno solo de mis perros me sea ingrato, y de que uno de mis conejos pretenda robarme ó engañarme: las flores me recompensan de mis cuidados por ellas, dándome su fragancia y

sus colores; y... en fin... y hablando formalmente, repito que nada me interesa en el mundo mas que tú, que no me necesitas; y si no creyera en Dios y le temiera, hace mucho tiempo que... pero no hablemos de eso. El asunto que te interesa consiste en que me suscitan dificultades á la posesion del mayorazgo que tengo en Italia.

— ¿Y qué le importa á V.?

— ¡A mí! ¿pues no me ha de importar? ¿no eres tú mi heredero? No sabes que la fuerza de mis rentas está en Italia?

— Y bien, ¿qué quiere V.?

— Que vayas allá á ayudar con buenos patacones nuestro derecho, que de todo hay necesidad: te daré un poder en forma, y... estás delgado, pálido, hijo mio; vete á la hermosa Nápoles; enamora, gasta, distraete; temo que te me mueras como se me murió mi hermano... y mi temor es muy natural. ¡Diable! eres lo único que queda de mi familia...

— Iré á Nápoles, tío.

— Pues bien; hablemos ahora cuanto quieras, de mis patos, mis gallinas, mis conejos, mis perros y mis flores.

Ocho dias despues me despedí de mi tío y me puse en camino para Italia.

Llegué, ví y vencí.

Es decir, ví á los jueces, y reforcé mi derecho, ó, por mejor decir, el derecho de mi tío, con tales razones, que quedaron allanadas todas las dificultades que se habian levantado contra su pacífica posesion de los bienes que tenia en Italia.

Escribí á mi tío, participándole el buen resultado del negocio, y manifestándole que, no teniendo nada que hacer en España, iba á completar mis viajes yendo á Oriente.

Mi tío me contestó enviándome libramientos por valor de algunos miles de duros, para que pudiese hacer el viaje como correspondia á mi clase.

Me llevé conmigo á Mauricio, y...

Aquí vendria bien una descripcion detallada de lo que ví... pero yo no hacia mi viaje para instruirme, sino para distraerme, y no tomé un solo apunte, ni hice una sola pregunta.

Me contentaba con ver, y el misterio de lo desconocido que siempre tenia ante los ojos, me distraía.

Sin recibir una sola carta de Europa, sin escribir, sin leer un solo periódico europeo, estuve viajando por Oriente durante cuatro años, vistiendo, comiendo y viviendo como los naturales del país en que me encontraba, y permaneciendo en un lugar hasta que me cansaba de él.

Y hubiera andado errante, sabe Dios cuanto tiempo, si no me hubiera quedado solo.

Mauricio, el pobre Mauricio me habia abandonado.

Y bien contra su voluntad por cierto.

La bala de la espingarda de un griego de Missolongi, le habia servido de medio para su último viaje.

Para su viaje á la eternidad.

¡Ya se ve! el bueno de Mauricio habia conocido por una extraña casualidad á una hija del tal griego, que tenia los ojos mas negros y mas habladores del mundo, y sin duda por casualidad habia encontrado tambien el medio de introducirse de noche en los jardines del griego.

La casualidad hizo tambien que el padre se apercibiese de los amores de su hija con un extranjero, y... ya os lo he dicho: una bala fué á hospedarse en la cabeza de mi doméstico, que puesto en la calle por su matador, apenas tuvo tiempo para declarar... que despues de haber sido herido... el padre habia estrangulado á su hija.

Este drama me impresionó fuertemente, y escapé.

Sin detenerme un solo dia, sin pararme en ninguna parte, me trasladé á Paris.

Esta poblacion era para mí muy familiar, tenia en ella multitud de amigos y toda clase de medios para pasar la vida al galope por medio de placeres.

Pero era el caso que los placeres no existian para mí.

O por mejor decir, yo no existia para los placeres.

¡Me hastiaba todo!

La amistad me daba risa. El amor asco.

Todos los hombres me parecían malos cómicos, que charlaban un papel aprendido de memoria.

En cuanto á las mujeres... ¡las mujeres! las miraba con odio.

«Hé allí, me decia, esa eterna mentira engalanada, que en todas partes rie, que á todas partes lleva su hediondo misterio. Hé allí que ese ser que se venga del hombre, extraviándole y degradándole, de la degradante posicion del débil á que el egoismo del hombre le ha relegado. Ved la corrupcion arras-trándose por los salones, coronada de rosas.»

Yo era indudablemente injusto.

¿Pero qué desgraciado no lo es?

Yo habia nacido para amar, y del amor solo habia encontrado la fórmula, la frase.

Pero la realizacion, el hecho, tenia para mí el encanto de lo desconocido, de lo imposible.

El amor para mí no era otra cosa que un sentimiento mitho.

Hijo como todos los mithos, del entusiasmo, del sueño, en una palabra: de la poesia.

El amor para mí era un idilio irrealizable.

Las mujeres que hablaban de amor me irritaban: parecían-me los profanadores del templo que iban á vender á él sus mercancías.

Amparo solia surgir de tiempo en tiempo, como una excepcion, entre el embrollado caos de mi escéptico pensamiento.

Amparo, con toda su poesia, embellecida por su abandono, grata para mí, por la proteccion que la dispensaba.

Pero ¿acaso mi escepticismo no habia alcanzado tambien á ella?

¿Acaso no la habia creído una muchachuela picaresca en una casa de vecindad y amaestrada por un fraile hipócrita?

¿Acaso no habia huido de ella como quien huye de un peligro?

Porque debo confesar, que desde el dia en que almorcé conmigo, comprendí con terror que Amparo podria arrastrarme á un amor nuevo, desconocido para mí; y tanto mas terrible cuanto mas accesible al amor estaba mi alma.

No la habia olvidado un solo momento: vivia dentro de mí, no podré decirlo cómo; era una idea vaga, íntima, que se habia asimilado á mi manera de ver, á la que me habia acostumbrado, que me acompañaba siempre, que vivia conmigo.

Pero indeterminada, misteriosa, monótona, muda con el mudismo de lo incomprendido; como una de esas inscripciones cuneiformes que los filólogos mas profundos se esfuerzan en vano por descifrar.

¿Qué representaba Amparo para mí?

Un ser débil, ó una estafadora que me explotaba á título de caridad.

La duda es una cosa horrible.

Cuando la duda se convierte en una idea fija... cuando queréis aclarar esa duda y no podeis... cuando el ser que esa duda os inspira ha logrado convertirse en la asimilacion de vuestro deseo... cuando se ha constituido en vuestro recuerdo... ¡oh! esa duda... esa duda es la muerte de vuestra razon... esa duda os trae á una jaula de locos...

Pero yo no dudo, no; ¡Dios mio! ¡yo no puedo dudar de ella! si dudo... no es de su virtud... no... no es de su pureza... dudaba... pero ahora... ahora, mi duda y mi locura es otra... yo pienso que Amparo no ha existido... yo pienso que Amparo solo ha sido para mí un hermoso sueño de primavera... yo pienso que ha sido un fantasma soñado por mi deseo.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA.

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

(Continuacion.)

II

CELOS DE ÁRABE.

A Djida, la enamorada,
Adora insano tambien
Ben Fakir el africano,
De Hixen el valido infiel.
Fiado en su poderío,
En su mucha y alta prez,
Y en su mocedad bizarra,
Nada hay á que no ose él:
Altivo, fiero, indomable,
Su antojo tiene por ley.
Se cree el mejor de todos,
Y el mundo juzga á su pié.
Nacido en la roja Libia
De una tribu en el dosel,
Educado en el desierto,
Sin razon, fuero ni ley,
Es de bronce su alma indócil,
Su corazon fuego es;
Del leon juntando al brío,
Del tigre el furor tambien,
Mal herido en lo mas hondo,
Preso y perdido en la red,
Es hoy un misero esclavo
Quien brutal señor ayer.
La tierna virgen del Bétis,
Flor del suelo Cordobes,
La que á tantos hizo siervos
Su señora es ya tambien.

Y este hijo de Africa insano,
Que no mas vió en la mujer
Hasta allí un bello juguete
Nacido para el Haren,
Una paloma sin vuelo,
Que, al desprecio y al placer
Del creyente, fué enviada
Al mundo desde el Eden;
Aquel seyde de Mahoma
Que ciego en su torpe fe,
Solo del material goce
Gustó la mentida hiel,
Y nunca en su febril pecho
Sentido habia encender
Aquella emocion intensa,
El etéreo fuego aquel
Que en magnéticos influjos
De dos seres hace un ser
Ideal, immaculado
Cual la luz de la niñez,
Vió de Córdoba á la palma
Sentada en un paláfen,
Robando risas á el alba
Y avergonzando al verjel.
Y el hijo de Libia fiero,
El gran privado de un rey,
Sintió trastornarse su alma...
Y no es hoy lo que ayer fué.
Que despiertos sus sentidos
Del torpe instinto soez,
Vió en la mujer lo que nunca

En la odaliscas se ve,
Y sintió dentro del alma
Un dulcísimo vaiven,
Una misteriosa cuita,
Inspiracion de alta fe;
El amor sin mancha, en suma,
Que, sin torpe, infame sed,
Ideal vive en un mundo
De casto angélico bien.

Fuera Fatin de sí mismo,
De Djida corre á los piés;
Pero ya Djida es de Zaide;
Y doncellas de su prez,
Si una vez amaron sola,
No en vano empeñan su fe.
El amador sin ventura,
El mal parado doncel,
Lleno el corazon de acibar,
Sin pensar, oir, ni ver,
Rugiendo como la hiena
Herida por el lebrej,
Loco con tan vivo ultraje,
En su existencia el primer,
En delirios solitarios
De inspiracion muy cruel,
Vengar sus celos decide
Sobre ella y sobre él.

(Continuará en el núm. inmediato.)

GEROGLÍFICO.

Los ES

les Del 100 XVI

A Ti e

= es D los

CESAR ALEJANDRO GONZALO

Y

SPOR

MADRID.—IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 3.